

diminutos en comparacion con los esfuerzos de una campaña tan prolongada y costosa, estando muy distantes del voto nacional que el Archiduque Maximiliano ponía como indispensable condicion para aceptar el trono que se le ofrecía; pero Saligny, deseoso de llegar al fin y de obtener las apariencias del triunfo, había impuesto al general Almonte la desgraciada precipitacion, que condujo más bien á comprometer los intereses de la Francia y de Maximilianos, que á servirles, aunque aquellas adhesiones no se presentaban sino como el principio ó como muestra del voto del país.

La recepcion tuvo verificativo en el gran salon azul. (1.)

(1.) El Presidente de la comision dirigió al Archiduque el siguiente discurso en francés, en cuyo idioma contestó Maximiliano:

Señor:

La Nacion mexicana, restituida apenas á su libertad por la benéfica influencia de un monarca poderoso y magnánimo, nos envía á presentarnos á Vuestra Alteza Imperial, objeto y centro hoy dia de sus votos más puros y sus más halagüeñas esperanzas.

No hablemos, señor, de nuestras tribulaciones y nuestros infortunios, de todos conocidos, al punto de haberse hecho para tantos el nombre de México sinónimo de desolacion y ruina.

Luchando hace tiempo por salir de situacion tan angustiosa, y si cabe, más amarga aún por el funesto porvenir puesto ante sus ojos, que por sus males presentes, no ha habido arbitrio á que esta nacion infeliz no haya acudido, esayo que no haya hecho dentro del círculo fatal en que se colocara, adoptando inexperta y confiada las instituciones republicanas tan contrarias á nuestra constitucion natural, á nuestras costumbres y tradiciones, y que, haciendo la grandeza y el orgullo de un pueblo vecino, no han sido para nosotros sino un manantial de las más crueles desventuras.

Cerca de medio siglo ha pasado nuestra patria en esta triste existencia, toda de padecimientos estériles y de vergüenza intolerable.

No murió, empero, entre nosotros todo espíritu de vida, toda fé en el porvenir. Puesca nuestra firme confianza en el Regulador y Arbitro Soberano de las sociedades, no cesamos de esperar y solicitar con ahinco el anhelado remedio de un tormento siempre creciente.

Y no fuera vana nuestra esperanza! Patentes están hoy los caminos misteriosos por donde la Providencia Divina nos ha traído á la situacion afortunada en que actualmente nos hallamos, y que apenas llegaron á concebir como posible las inteligencias más elevadas.

México, pues, dueño otra vez de sus destinos y escarmentado á costa suya de su error pasado, hace en la actualidad un supremo esfuerzo para repararlo.

A otras instituciones políticas recurre ansioso y esperanzado, prometiéndose que le serán aún más provechosas, que cuando era colonia de una monarquía europea, y más si logra tener á su frente á un príncipe católico que á su eminente y reconocido mérito, reúne también aquella nobleza de sentimientos, aquella fuerza de voluntad y aquella rara abnegacion que es el privilegio de los hombres predestinados á gobernar, regenerar y salvar á los pueblos extraviados é infelices á la hora decisiva del desengaño y del peligro.

Mucho se prometió México, Señor, de las instituciones que le rigieron por espacio de tres siglos, dejándonos al desaparecer un legado espléndido que no hemos sabido nunca conservar bajo la República.

Pero si es grande y fundada esa fé en las instituciones monárquicas, no puede ser completa, si ésta no se personifica en un príncipe dotado de las altas prendas que el cielo os ha dispensado con mano pródiga.

Puede un monarca sin grandes dotes de inteligencia ni carácter hacer la ventura de un pueblo, cuando ese monarca no es más que el continuador de una antigua monarquía, en país de antiguos monarcas; pero un príncipe necesita circunstancias excepcionales cuando ha de ser el primero de una serie de reyes, en suma, el fundador de una dinastía y el heredero de una República.

Sin Vuestra Alteza Imperial, ineficaz y efímero será,—creed, señor, á quien nunca ha manchado sus labios con la li-onja,—cuanto se intentara para levantar á nuestro país del abismo en que yace, quedando además frustradas las altas y generosas miras del monarca poderoso, cuya espada nos ha levantado y cuyo fuerte brazo nos sostiene y nos protege.

Con Vuestra Alteza, tan averseado á la difícil ciencia del gobierno, las instituciones serán lo que deben ser, para esfanzar la prosperidad é independencia de su nueva patria, teniendo por base una libertad verdadera y fecunda, hermanada con la justicia, que es su primera condicion, y no esa libertad no conocida entre nosotros sino por sus desvarios y estragos.



General D. Adrian Woll.

De origen francés. Su larga residencia en México y la participacion que tuvo en nuestras guerras civiles, hicieron creer á Napoleon III que podría darle informes acerca de los asuntos mexicanos. Resuelto Woll á sostener la causa de la Intervencion y del Imperio, fué nombrado por Almonte jefe del Departamento de Veracruz, de cuyo cargo lo destituyó Forey. Woll perteneció á la Junta de notables que declaró á Maximiliano Emperador de México, y fué miembro de la comision enviada á Miramar para comunicar al Príncipe esa declaracion.





Don Maximiliano de Habsburgo

Después de esperar un rato, se abrió la entrada del salón: apareció el Archiduque de pie y escuchó la arenga que le dirigió el Sr. Gutierrez de Estrada, á quien contestó con voz tranquila, fuerte y resuelta. Concluido el acto, le fueron presentados por el Sr. Gutierrez todos los individuos de la Diputación. En seguida les presentó Maximiliano á la Archiduquesa Carlota Amalia, á la que condujo de una sala inmediata acompañada de sus damas, una de las cuales era suegra del presidente de la comisión, Sr. Gutierrez de Estrada; la Archiduquesa recorrió también la línea que formaron los miembros de la comisión; á cada uno le fué dirigiendo la palabra, halagándoles el amor propio, y usó del idioma español que poseía lo bastante para hacerse entender.

A la oferta que de la corona de México hizo al Archiduque Maximiliano la co-

Esas instituciones, con las modificaciones que la prudencia dicta y la necesidad de los tiempos exige, servirán de atermural incontrastable á nuestra independencia nacional.

Estas convicciones y estos sentimientos de que estaban poseídos muchos mexicanos tiempo ha, se hallan hoy, Señor, en la conciencia de todos, y brotan de todos los corazones. En Europa misma, sean cuales fueran las simpatías ó las resistencias, solo se oye un concierto de elogios respecto á Vuestra Alteza Imperial y á su Augusta Esposa, tan distinguida por sus altísimas prendas y ejemplar virtud, que, bien pronto, compartiendo á la vez vuestro trono y nuestros corazones será querida, ensalzada y bendecida por todos los mexicanos.

Intérpretes harto débiles nosotros, de ese aplauso general del amor, de las esperanzas y los ruegos de toda una nación, venimos á presentar en su nombre á Vuestra Alteza Imperial la corona del Imperio Mexicano, que el pueblo por un decreto solemne de los Notables, ratificado ya por tautas provincias, y que lo será en breve, según todo la anuncia, por la Nación entera, os ofrece, Señor, libre y espontáneamente.

No podemos olvidar, Señor, que este acto se verifica por una feliz coincidencia, cuando el país acaba de celebrar el aniversario del día en que el ejército nacional plantó triunfante en la capital de México el estandarte de la independencia y de la monarquía, llamando al trono á un Archiduque de Austria á falta de un infante de España.

Acoged, Señor, propicio los votos de un pueblo que invoca vuestro auxilio y que rurga fervoroso al cielo corone la obra gloriosa de Vuestra Alteza, pidiendo á Dios asimismo que le sea concedido corresponder dignamente á los perverantes afanes de Vuestra Alteza Imperial.

Lucas por fin, Señor, para México, la aurora de tiempos más dichosos al cabo de tanto padecer, y tengamos la dicha de compararle de poder anunciar á los mexicanos la buena nueva que con tanta vehemencia y zozobra están anhelando; buena nueva no solo para nosotros sino para Francia, cuyo nombre es de hoy más, inseparable de nuestra historia como será inseparable de nuestra gratitud; para Inglaterra y España, que comenzaron esta grande obra en la Convención de Londres, después de haber sido las primeras en reconocer su justicia y en proclamar su necesidad imprescindible, y en fin, para la ínclita dinastía de los Hapsburgo, que corone esta grande obra con Vuestra Alteza Imperial y Real.

No se nos oculta, Señor, lo repetido, toda la abnegación que Vuestra Alteza Imperial necesita y que solo puede hacer llevadera el cumplimiento de sus deberes para con la Providencia Divina, que no en balde hace los Príncipes y los dota de grandes cualidades, sintiéndose Vuestra Alteza Imperial dispuesta á aceptar con todas sus consecuencias, una misión penosa y árdua á tanta distancia de su Patria y del trono ilustre y poderoso en cuyas gradas se halla colocado el primero Vuestra Alteza Imperial, y tan lejos de esta Europa centro y emporio de la civilización del mundo.

Si, Señor, presada es y mucho la corona con que hoy os brinda nuestra admiración y nuestro amor; pero día vendrá—así lo esperamos—en que su posición será envidiable, merced á vuestros esfuerzos, que el cielo sabrá recompensar, á nuestra cooperación, lealtad y gratitud inalterables.

Grandes han sido nuestros deseos, alarmante es nuestra decadencia; pero hijos somos, Señor, de los que al grito de *Religion, Patria y Rey*—tres grandes cosas que tan bien se aunan con la libertad,—no ha habido empresa por grande que fuera, que no acometieran, ni sacrificio que no supieran arrostrar constantes é impávidos.

Tales son los sentimientos de México al renacer, tales las inspiraciones que hemos recibido el honoroso encargo de exponer fiel y respetuosamente á Vuestra Alteza Imperial y Real, al digno vástago de la dinastía que cuenta entre sus glorias haber llevado la civilización cristiana al propio suelo en que aspiramos, Señor, á que pudiera reinar en ese siglo XIX por tantos títulos memorable, el orden y la verdadera libertad, frutos felices de esa civilización misma.

La empresa es grande, pero es aun más grande nuestra confianza en la Providencia; y que debe serlo, nos lo dicen claro el México de hoy y el Miramar de este glorioso día.